

DISCURSO DE PEDRO URANGA ROHANA EN LA CIUDAD DE MADERA, CHIH.

Mayo 21 de 1982.

En este lugar entregaron sus vidas ocho combatientes agrarios, ocho revolucionarios sin tacha. Aquí murieron Arturo Gámiz García, Pablo Gómez Ramírez, Salomón Gaytán Aguirre, Antonio Escobel Gaytán, Miguel Quiñones Pedroza, Rafael Martínez Valdivia, Oscar Sandoval y Emilio Gámiz García, el 23 de septiembre de 1965. Sus nombres están ya escritos en la historia de la nueva revolución. El Partido Socialista Unificado de México ha venido hasta aquí a rendirles sincero homenaje.

La acción armada en que murieron no fué un acto aislado e inexplicable. Fue un acto conciente y consecuente, fue parte de una vigorosa lucha agraria, estudiantil y magisterial, de profundas raíces y nobles causas. Fue un momento álgido de la lucha por la tierra y por la luz del saber para los campesinos eternos de nuestra patria, lucha que se inició años atrás por el agrarismo auténtico y la educación rural, entre los grupos solicitantes de tierras, organizados entonces en la Federación de Obreros y Campesinos del Estado de Chihuahua, del Estado de Durango y de los Estados de Sonora y Sinaloa, y los estudiantes y maestros normalistas rurales de todo el país, hermanados por la sangre y las raíces campesinas idénticas.

Fueron aquellos años de lucha intensa, los que antecedieron al 23 de septiembre de 1965. Creyendo en la justicia, los campesinos sin tierra de las grandes llanuras y las serranías de latifundios escalaron desde el trámite agrario, hasta las tomas de las oficinas de la burocracia, desde las entrevistas con funcionarios imávidos hasta las caravanas de miseria a la ciudad capital, desde el eterno papeleo sin sentido para sus esperanzas, hasta la toma de tierras de las que se esperaba un sustento.

1963, 1964 Y 1965 fueron años de renacimiento agrarista en el norte de México. Pero también fueron años de frustración porque todas las esperanzas fueron canceladas por el poder de los dueños de la tierra y del gobierno que opusieron una fuerza superior a la voluntad campesina. Así llegaron los días de la represión, de la cárcel y de la muerte. Francisco Luján Adame, amado profesor de campesinos, fué asesinado; Arturo Gámiz y otros maestros fueron encarcelados; Pablo Gómez Ramírez fué perseguido y desterrado; los maestros rurales fueron

satanizados; los internados de las normales rurales y de las ciudades fueron tomados por asalto por las policías, los estudiantes y normalistas fueron reprimidos una y cien veces. Los campesinos de estas tierra no vieron los logros de sus esfuerzos. No hubo, como no hay aún, soluciones en el agro, ni educación popular, ni respeto a la disidencia, ni caminos por andar.

Los primeros perseguidos se remontaron a las cumbres serranas, a vivir de su coraje y de sus aspiraciones, y para salvarse de la injusticia, de las guardias blancas de los ganaderos y de esa empresa forestal que aún azota por estos rumbos, llamada Bosques de Chihuahua.

Arturo Gámiz, Pablo Gómez y todos los muertos de esta Madera del campo norteño, no fueron ignorantes, ni facinerosos, ni locos, ni delincuentes, ni cobardes. Fueron héroes antes de morir, porque dedicaron sus vidas desde casi niños a la causa agraria y a la causa de su pueblo. Estudiantes normalistas brillantes, inquietos, abnegados, fueron todos ellos dirigentes en el aula y en las calles con las banderas de la educación científica y socialista. Maestros en las escuelas del pueblo miserable, fueron siempre ejemplos que nunca han de borrarse de los pueblos de Ariciachic, de Basúchil, de Flores Magón, de Saucillo, de Salaises, de Dolores ... de tantas más.

Luchadores de profunda raigambre social lo fueron siempre, contra la miseria y la injusticia, por la tierra y el libro, por una sociedad nueva y brillante para los serranos, para los norteños, para los mexicanos, para los hijos de la tierra. Nacieron de la humildad y forjaron la grandeza con sus vidas entregadas al trabajo y a la nobleza política. Supieron desentrañar las causas de la ignorancia a la que conocieron como maestros en los ejidos; conocieron las causas de la miseria de los niños campesinos de sus aulas humildes, de los campesinos con los que vivieron y compartieron las noches de esperanza sin amanecer posible. Fueron flores recias que nunca fueron fruto.

Al no encontrar salida franca en su camino, decidieron forjar un sendero a golpes de voluntad y entrega. La desesperanza de los campesinos les marcó un rumbo. El ascenso los llevó a un crucero del camino en el que sintieron llegado el momento de la lucha armada para cambiar de raíz el orden existente. Supieron analizar la realidad, en escritos brillantes que los socialistas de hoy recogemos ahora como valiosas lecciones. En los escritos de Gámiz, de Quiñones, de Pablo Gómez, de todos ellos como grupo y corriente social, están contenidas

enseñanzas que retoñan en el programa agrario revolucionario de hoy en día. Arturo Gámiz y sus compañeros caídos son un ejemplo de seriedad en el análisis y consecuencia en la acción para todos los que queremos seguir la senda de la emancipación, el camino de la democracia y el socialismo. Arturo llamó a la unidad por encima de siglas y grupos, condenó el sectarismo, vió cerradas las puertas por la solución pacífica. Pero en aquel entonces Arturo no fué escuchado. Ahora es el momento de atender su llamado. Nosotros aspiramos a reunir a los hombres y mujeres de nuestro pueblo; a darle a cada lucha una perspectiva nacional, clasista y revolucionaria.

Si los muertos de esta fosa común ofrendaron sus vidas al ser consecuentes con su realidad de 1965, y con la exigencia de momento que ellos mismos habían construido, el más sincero homenaje que les podemos rendir, es luchar incansablemente y con todo el esfuerzo de todos nuestros días, por crear la fuerza obrera y campesina, amplia y recia, que conduzca la rebeldía e impida el sacrificio aislado de otros mexicanos, que sea capaz de hacer lo que con su acción del septiembre del 65 estaban apenas intentando crear la fuerza y el poder capaz de transformar radicalmente esta sociedad capitalista para construir una sociedad de trabajadores, capaz de recuperar para los campesinos su personalidad arrebatada, y su proceso productivo enajenado, capaz de construir un México socialista libre y pleno, como el que quisieron estos héroes de nuestro pueblo, caídos en estas apartadas tierras de la patria.